

Á LA HORA DEL MISTERIO



Á LA HORA DEL MISTERIO

(HISTORIA DE PESADILLA)

Huímos en un coche enorme y pesado que conservaba en sus portezuelas restos de un escudo de armas arañado é indescifrable. No sé por qué huímos: ella vivía sola en un triste caserón cercano al mío, servida por una vieja enlutada y devota; en cuanto á mí, nunca he tenido más compañía que la de estos fantasmas que llevo albergados en el alma, en esta alma insondable y misteriosa que ellos han convertido en guarida de engendros.

Por las noches veía á Elena apoyada en el ancho alféizar de su ventana, triste como un amor perdido, silenciosa como una visión: parecía una de esas estatuas de ángeles desmelenados que fingen rezar eternamente junto á las tumbas. Elena no conseguía dormir. Contóme después con su voz perezosa y dulcísima que cuando la rinde el sueño, una araña negra y enorme sube sobre su

cuerpo y acaricia su corazón estremecido con sus patas finas como un hilo de seda, fuertes como un alambre. Entonces la visitan los espectros de sus pasados y sueña proféticos horrores.

Nos atrajo el mutuo misterio; partimos nuestra carga de pesadumbres y de terrores profundos é íntimos, y en la noche clara y solemne, á la hora de nuestras pesadillas acongojantes, huímos en el enorme coche.

El conductor cantaba en el pescante una melodía fatigosa, con voz de sordo acento; era uno de esos cantos sencillos que narran cómo murió un amor. En los guijarros de las calles saltaba el vehículo con estrépito; los vidrios de las ventanillas se movían en sus encajes como si los batiese un vendaval. En las calles desfilaban las casas de tejados de enorme pendiente y de grandes aleros; casas mudas y negras en las que no brillaba una luz.

Elena, soñoliente ó distraída, estaba junto á mí inmóvil, en sus vestiduras blancas como un rayo de la luna, insensible al contacto de mi cuerpo. Fué siempre una mujer excepcional: sus besos son fríos como el mármol, sus miradas profundas y espantables como un abismo. Yo la miraba sin pasión. Tengo una tumba no sé en qué rincón de mi alma, y he pasado entre todos los afectos como pasa por el cielo gris el último copo de una nevada, con caer lento é indeciso—frío y blando—, con caer temeroso.

Y tengo el secreto de este sino fatal; lo descubrí, no sé cómo, en una de mis noches de insomnio. Descubrí que antes de esta existencia árida, tuve otra misteriosa y velada, de la que me separa un sueño.

Pero tengo de ella algunas remembranzas borrosas: son así como los escombros revueltos de un majestuoso palacio hundido. Al abstraerme, mi alma recuerda algunas de sus pasadas sensaciones, cuando animaba otro cuerpo. Juraría que tuve entonces un amor grande, incomparable; un amor como el que pone en éxtasis las almas sencillas que se consagran á Dios.

Tengo la visión de una finca rodeada por blancos muros, de un bosque sombrío y triste; sé que ese fué el escenario de aquel drama de pasión.

Sé también que al besar una mano nívea y perfumada, entre los árboles centenarios del bosque, un puñal me hirió por la espalda, y que aquella blanca mano ahondó la herida, y que antes de huir, mi alma, llorando por la traición cruenta, vió á la mujer que amaba en los brazos de un rival... ¡Es una pesadilla que me acongoja!

Aun hoy, al recorrer por la noche las calles solitarias, tengo impulsos vehementes de volver la cabeza y mirar atrás, y en las estancias oscuras siento miedo y huyo de los bosques tristes. Dicen de mí que padezco manías, ¡y no saben que es esta pobre alma que recuerda el pasado misterioso y el frío

horrible del puñal, y el frío horrible de la traición sufrida!...

El coche rodaba atravesando aldeas. A los lados del camino había pinares oscuros. Entre las copas elevadísimas se oían los gritos crispantes de las aves nocturnas; era un lugar de aquelarre. De la rama gruesa de un árbol copudo pendía el cadáver de un ahorcado, inmóvil sobre la cuneta, donde croaban las ranas. Nunca he visto nada más trágico que el cuerpo de un ahorcado, á la luz de la luna triste, en un bosque desierto.

Victoria no lo vió: dormitaba con la cabeza próxima á mi hombro. Tenía en el rostro la suavidad que dan las semisombras, que agrandan los ojos y hacen tersa la frente y empalidecen las mejillas. Si yo la hubiese amado, sentiría celos de lo que pudiese bullir en aquel cráneo insondable. ¡Celos!... Yo los he tenido alguna vez. Si no me hubiesen hablado nunca del infierno, yo lo creería para castigo de los delitos de amor, para torturar las almas culpables siempre, siempre, hasta que sus sollozos llenasen el expanso, profundo y azul, á donde dicen que van á parar los suspiros.

Pero entre Elena y yo no hubo nunca más que una atracción extraña. En el tiempo que duró el viaje, apenas cambiamos dos palabras con acento frío.

Al fin llegamos al mesón. Ante la casa de

paredes de piedra oscura paróse el carruaje; los caballos sacudieron sus campanillas, que sonaron tristes. En torno del edificio sombrío y aislado dormía el campo en un sueño que amedrentaba, como el sopor de las personas que agonizan.

El posadero nos guió por un corredor obscuro hasta una habitación de la casa. Luego se marchó, reverente y humilde: tenía las cejas pobladas y el semblante huraño y el mirar receloso y torcido. En el fondo del corredor vimos moverse un instante la luz del candil humoso que llevaba, como una de esas antorchas que ven los labriegos correr por los campos en las noches negras, movidas por las manos invisibles de los espectros de sus relatos.

Por un mirador, invadía la estancia la luz de la luna, suave y melancólica como la resignación. A través de los vidrios miré en la soledad de los campos perderse la carretera empolvada y caminar en lo alto la luna piadosa y sola.

Cuando me volví, Elena me esperaba, mirándome desde el lecho con sus grandes ojos hermosos. Entre las sábanas salía su busto adorable y trémulo, sobre el que destacaba la mancha negra de una bolsita con amuletos. Yo me acerqué, amoroso, y junto á nosotros fueron pasando las horas, en puntillas, plegadas las alas tenues para no advertirnos su vida con el rozar del aire...

Y hubo un segundo en que Elena desen-

roscó de mi cuello el tibio collar de su brazo y lo extendió con angustia hacia la puerta que casi llegaba á iluminar la luna.

—¡Mira!...—dijo con voz temblona, y quedó inmóvil, abiertos los ojos espantados, incorporada á medias en el lecho.

Yo me alcé también. En la puerta que se abría silenciosamente estaba la figura del posadero, fruncido el rostro por su reir torcido: llevaba un puñal en su mano vellosa y el cuerpo en actitud de felino irritado. Los ojos le brillaban como ojos de bruja, y entre las barbas negras lucía la blancura de sus dientes... Entraba despacio... despacio...

—¡Ah; si no temiese avivar más mis recuerdos, yo os contaría cómo Elena saltó al camino desde la ventana; cómo quedó su cuerpo lastimado en la carretera empolvada, bajo el mirar piadoso de la luna; cómo luché, en lucha de fieras, con aquel hombre horrible; cómo pasamos nuestra noche de novios en el campo temeroso y desierto, á la hora en que los fantasmas pululan!...

La dueña devota nos recibió gimiendo: eran sordos sus gemidos como si temiese alterar la paz del palacio. Atravesamos las estancias con recogimiento. Iban tras de la dueña los dos mocetones que sostenían el cuerpo desmayado de Elena, blanca, como muerta. Sobre las manos cruzadas de los

mozos descansaba su cuerpo y pendían detrás los brazos oscilantes y la melena. En las estancias había tapices desgarrados y en las puertas apreciábase el grosor de los muros de piedra donde centelleaba la mica como partículas de luz engastadas en la negrura roqueña. Pedían los umbrales la figura de un ceñudo alabardero, y el respaldar de los sillones, el peso leve de un buho que ciñese allí sus garras, dispuesto á la invocación.

Y quedó Elena tendida en el lecho, respirando apenas. Desde la venta trágica habíamos hecho un peregrinaje desolador. Quedaron sus vestiduras blancas presas entre zarzales y mis brazos cansáronse de sostener el peso dulce. Ella llevaba los ojos abiertos y fijos, en una mirada de espanto. A veces hablaba cosas de delirio, en aquel silencio mortal, con una voz sorda que erizaba mis cabellos.

La dueña semejaba un negro manchón sobre las sedas del lecho.

—¡Señora, señora mía!... ¡Pobre señora, que morirá en pecado!...

De bruces en la cama, extendía sus brazos para acariciar á Elena. Parecía no reparar en mí.

Caía la noche como una enorme ave negra, herida, que bajase con las alas abiertas. En los ventanales iba oscureciéndose el color ceniza de aquel cielo, en el que nunca brilló el sol. Pasaba por la nieve de la calle

el fantasma de un hombre enlutado, jinete en un caballo negro. Salió á su puerta el hostelero vecino, con su coleta rígida asomando bajo la gorra de piel; miró elejarse al caballero. Sonaron entonces dos golpes en la puerta del caserón, y la resonancia corrió por todos los cuartos. Incorporóse la vieja y salió arrastrándose:

—Es don Díctino, el cura.

Tragóla el pavor de la sala contigua. Hubo unos ruidos lejanos, y después se acercaron unas pisadas resonantes. Gritó una voz robusta.

—Enciende el fuego.

Y en el umbral alzóse la silueta borrosa de don Díctino. Sobre la enorme nariz afiladísima brillaban las gafas; la cara era una mancha de lividez; tenía las mejillas hundidas y el pelo negrísimo y encrespado. Me miró un instante, y la sombra de sus vestiduras desprendióse de la sombra del vano para acercarse al lecho. Estuvo unos momentos contemplando el rostro inmóvil de la mujer.

Al fin me interrogó con misterio:

—¿Pasó la crisis?

—¿La crisis?... No sé. Elena ha sufrido una fuerte emoción...

Entró la dueña con luces. En la chimenea de la sala vecina ardía ya un fuego cuyo calor perdíase en el extenso recinto. El sacerdote se sentó en un viejo sillón, clavados sus ojos en la enferma. Yo cabeceaba en mi

asiento: había una atmósfera de sopor y un silencio temeroso.

Me sacudió la voz de don Díctino, sonando extraña. Se había incorporado al hablar, y los ángulos duros de su rostro señalábanse más á la luz del velón; estaba cerca de mí y sus ojos brillaban como los ojos de un gato, bajo la negrura de las gafas:

—¿Sois el amante de Elena?... Guardaos, señor. Todos los que la han querido murieron de muerte misteriosa. Su primer novio apareció cadáver en un sitio lejano, con una mancha rojiza en el corazón, los ojos dilatados de espanto. Aquella noche soñó Elena su muerte. Había recorrido la ciudad un jinete enlutado, de ojos de fuego, y Elena lo acusó de artes diabólicas. Fué inútil buscarlo. ¿No os habló de él vuestra amada?...

Parecía salir de una gruta la extraña voz del que hablaba. Se iba acumulando la nieve en el alféizar y circulaba por el cuarto un frío sutil. Desde el fondo de la sala próxima nos miraba la pupila de fuego de la hoguera.

Las gafas negras parecían tener la vida de dos ojos enormes.

—Se dice que el enlutado es el esposo de Elena—siguió don Díctino—. Robó una noche su alma y se casaron con una ceremonia impía. Ella os podrá hablar de su mirada, que tiene el brillo de las ascuas. ¡Huid del pecado!

Desmoronáronse los leños en la hoguera, haciendo correr por las paredes de la sala

contigua sombras informes. Volvió el silencio. Se oyó entonces en aquella quietud de sueño el grave pendular de un reloj ignorado. ¿Era el reloj del mismo dios Tiempo?... Yo no sé si he pasado un siglo ó una hora preso en mi sillón, inmovilizado por el mirar de las gafas negras. Podría llenar un libro de tormento con las historias que he soñado bajo aquel influjo inquietante.

Y don Dicitino levantóse al fin. Corrió su silueta delgada, enorme y negra sobre los muros. Se inclinó hacia el lecho. Entonces se oyó claramente un gemido de Elena. De través, veía yo los ojos del cura brillando como dos ascuas.

—Ahora duerme—dijo—; dejadla dormir.

Y marchó. Sus ropas movieron un aire frío, frío. Resonaron sus pasos pavorosos en las estancias sin muebles. La vieja alumbróle con el velón, que fué sustituido en la alcoba por una lamparilla. Se cerró la puerta del edificio; pasó una sombra extraña por el techo del cuarto. El ojo de sangre de la hoguera me miró desde el fondo de la sala con un mirar como el mirar del visitante.

Apoyé mi cabeza en el lecho; se iba alzando la luna piadosa y blanca, y quise envolver en la bruma del sueño los terrores que se alzaban también en mí como otra luna, trágica y roja: es ese astro el acicate de los fantasmas que llevo en el alma; él exacerba mis horas de horror. ¡Luna que siembras piedad!: ¿cómo llegas á mi ánimo con luz de

cirio? ¿cómo eres tú la hoguera en el aquelarre de mis pesadillas?... ¡Luna que siembras piedad: con qué terror te miró alumbrar las noches!

En la lamparilla que ardía cerca del lecho fué consumiéndose el aceite, y la mecha, al tocar al agua, comenzó á lanzar débiles chisporroteos.

Yo no sé si alguna vez os habéis fijado en una lamparilla que se apaga; no sé si habéis experimentado al hacerlo esa impresión medrosa, ese vago temor que se difunde lentamente en el ánimo y obliga á mirar en redor con los ojos desmesuradamente abiertos, tratando de divisar en las tinieblas algo cuya existencia se adivina, que parece moverse silenciosamente en las sombras.

Hay mucho de extraño, de impresionable, en esos súbitos chisporroteos que arrancan llamaradas momentáneas, á las que suceden otras más débiles, que apenas tienen fuerza para expulsar hasta las paredes del vaso pequeños globitos azules, inflamadas partículas de aceite que trazan una trayectoria rápida, brevísima.

Y en estas alternativas luchan la luz y la sombra, estrechándose, repeliéndose; y ora os deslumbra una llamarada, ora una difusa obscuridad entenebrece los rincones lejanos y suaviza los contornos de los objetos, dejando ver la aspirante llama como una amoratada lengüecita que surcan en una misma dirección multitud de puntos rojizos.

Por último, la llama parece desprenderse y se apaga. Las tinieblas lo invaden todo. Sólo advertís el incandescente extremo de la mecha que humea en el fondo del vaso.

¡Cercadme, sombras! Las que antes danzabais en las paredes, danzáis aún en mi retina. Os siento en mi torno: ¡dentro y fuera! Mi frente ya ha templado las ropas del lecho en que se apoya, pero mi amada tiene en sus manos el mismo frío de la nieve que cae; ellas calmarán mi fiebre de espanto. Manitas frías... ¡pobres manitas frías!...

Elena despertó á media noche. Había una claridad de luna en la alcoba. La luna, alta; la calle, en sombras. Un hombre barbudo apretó á Elena en la pesadilla contra su pecho descubierto, y el vello varonil cosquilleóle en los senos blanquísimos.

Abrió los ojos en el terror de la lucha. ¿Qué tiene de triste el astro pálido?... Tiene el color de los huesos mondos de carne, el color del amado muerto. La luna pasó sobre un descampado, pasó sobre un cementerio; despertó las lechuzas, la miraron los ojos fosforescentes de una calavera tirada entre el césped... Trae toda esa tristeza muerta. La trae callada.

¿Por qué soñó la joven con el pobre enamorado muerto?... Sobre los senos hay la mancha movable y negra de una araña. Cayó de

lo alto con un blando ruido sobre el lecho; pisó el corazón de la durmiente: creó la pesadilla.

La araña trepa. Los ojos verdes como el mar, más que el mar, han crecido en el pasmo pánico. La araña trepa. La misma luz de luna que llegó al cráneo oculto entre el césped, en el cementerio, llega á la alcoba.

Y uno de sus rayos brilla en los pechos níveos... El rostro de la mujer está en sombras, bajo el cuadro del Cristo, que muere sangriento y trágico.

